

Sr. Consejero Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, D. José María Monzón.

Sr. Gerente de la Fundación San Pablo Andalucía CEU, D. Antonio Jiménez.

Sr. Director Académico del CES Cardenal Spínola CEU, D. Diego Espinosa.

Sr. Coordinador de Pastoral y Patrono de esta Fundación, Rvdo. Padre D. Manuel Orta.

Querido José Fernando Gabardón, muchas gracias por tu presentación.

Profesores.

Personal no docente.

Alumnos.

Con la venia del Sr. Pregonero de la Semana Santa de Sevilla de este año 2011, D. Fernando Cano.

Y con la venia de mi Hermano Mayor de la Hermandad del Amor, D. Luis Torres y de D. José Álvarez, anterior Hermano Mayor.

La Hermandad del Amor siempre acompaña a sus hermanos, en los momentos felices y también en los difíciles, pero siempre tratando de llevar el Amor en todos los instantes de la vida a estos que nos llamamos “hermanos del Amor”.

Y volvió la ciudad a amanecer.

Los ecos de las jornadas vividas, los surcos trazados en las calles por el recuerdo y la nostalgia que ahora ocupa los sentidos, hacen descubrir lo que ya aconteció.

Sevilla vivió otra Semana Santa.

Y como si la ciudad no quisiera olvidar del todo las horas que ya acontecieron, se sucede poco a poco el ritual de la vuelta a lo normal.

La cera, negra ya, por las pisadas de las prisas del mediodía va dejando entrever el enlosado perenne.

Los copos del último azahar, expirante ya, caen al adoquín diseñando una sombra particular al naranjo del que nacieron.

Las colgaduras de los enrejados, ennoblecidos para la ocasión, se retiran silenciosamente por las mismas manos que año tras año abren y cierran el arcón donde reposan. La medalla volverá a presidir la habitación, el olor a esparto volverá a impregnar el armario donde reposará durante el año y la túnica, otra vez humilde protagonista, cerrará con su anual ausencia el ritual renovado.

En los Templos, entre acciones de gracias, recuerdos, vivencias y plegarias, los Sagrados Titulares vuelven a sus Altares.

“Retumban sonidos martilleantes, suenan los ecos fríos de las garruchas y las cuerdas rodean el madero del Crucificado que se eleva poco a poco desde el Calvario de claveles ya mustios sobre el paso, hasta que es desclavada la cruz del orificio que la sustentaba sobre su oscura y plateada canastilla, mientras decenas de miradas silentes oran y son atraídas hacia Él, hasta que otra vez, Cristo del Calvario, en vísperas de otro Domingo de Ramos vuelvas a elevarte para recordarnos el año transcurrido y para que nuestros prometidos propósitos y nuestras prometidas enmiendas sean otra vez renovadas”.

Es hora de desmontajes, de vuelta a lo cotidiano, de balances, de tertulias, de vaivenes de recogida en las Casas de Hermandad.

Las parihuelas desnudas, ya desposeídas del sentido que las convirtió en centro de atención, retornan al lugar de reposo perdiéndose en la noche oscura por entre las callejuelas estrechas y poco iluminadas y como le sucedió a mi anónimo hermano, que se perdió un año más al doblar la esquina, tras cumplida estación de penitencia.

Y no puedo más que volver a recordarlo.

Los pasos, ya encendidos los candelabros y la candelería, aguardaban el momento de volver a llevar por las calles de la ciudad, la semilla viva de Fe que sería derramada, un año más, entre la multitud que agolpada esperaba paciente tras las puertas.

Los penitentes, en el interior, se arremolinan en torno a una ordenada marea de cruces donde a su vera el diputado de tramo con la canastilla en un brazo y la lista de hermanos en la mano, se disponía a nombrar las parejas y formar la comitiva.

Las llamas de luz y de Fe de los tramos de cirios iban extendiéndose de hermano en hermano, desde los primeros hasta los últimos, iluminando desde la puerta todas las naves del Templo.

Y allí, entre la impaciente espera, ya cubiertos por los antifaces, entre plegarias sentidas a nuestros Titulares, me dirigí por primera y única vez en la noche a mi anónimo hermano del que con una corta pero sentida frase me despedí antes de comenzar a andar: “Hermano buena estación”

Y con la mente ocupada aún en sonos de músicas fúnebres, en marchas de glorias y alabanzas y en retorcidas notas de cornetas,

una mañana más de un día cualquiera más y a la hora en la que por las calles de la ciudad comienzan a transitar los primeros signos de otra frenética jornada, me dirijo hacia el Templo donde sé, que el Gran Poder aguarda en el silencio, la visita diaria de cuantos la Fe le debemos, de cuantos la Esperanza tenemos depositada en Él, de cuantos oramos para que su Luz nos ilumine, de cuantos le pedimos perdón por nuestras culpas, de cuantos mirando fijamente su cara escarnecida entendemos la pena del prójimo.